



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11506

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pías.—Tres meses, 5 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIÉRCOLES 13 DE JULIO DE 1891

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Casimartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

EL DESTACAMENTO DE BALER

Es realmente asombroso el acto realizado por ese heroico destacamento de soldados que, a millares de leguas de su patria, aislados de sus propios compañeros y sin esperanzas de recibir socorros, han mantenido enhiesta la bandera española en un país que, sobre ser extraño, estaba dominado por la más sangrienta de las revoluciones.

Muchos actos de arrojo y de heroísmo han sido realizados en la guerra en la de Cuba la defensa del fuerte de la Zanja, el sitio de Cascorro, la admirable marcha realizada por la columna del general Escario desde Manzanillo á Santiago de Cuba, la heroica resistencia que opuso el fuerte de Coamo a los numerosos rebeldes que mandaba Valentín García, el combate en el campamento de Melones y tantos otros que han sido páginas de gloria para el valiente y sufrido ejército que el Señor a cabo; en Filipinas, el combate de Salitran del Sangay, la toma de Ibus, el ataque á Bacoor y mil y mil encuentros en que peleando fuerzas españolas casi insignificantes con numerosos núcleos rebeldes, quedaban las primeras victorias, realizando actos colectivos é individuales de singular renombre; pero ninguno como el realizado por esa microscópica guarnición de Balser, que sin otra esperanza que la muerte, ha estado siendo la admiración de el mundo durante muchos meses.

Ante esos valientes, cuyos hechos evocan en la imaginación el recuerdo de otros sucesos no menos gloriosos, se ha inclinado el enemigo airado que los combatía y les ha otorgado elogios y honores. El microscópico destacamento que ha prolongado durante mu-

chos meses el dominio de España en Filipinas, ha salido del pueblo que selló con su sangre é ilustró con su heroísmo, á banderas desplegadas y á tambor batiente, victorioso por los que durante un año se han visto impotentes para lograr rendirlo.

En Manila los agasajan á porfia. Españoles, indios y americanos, se disputan el honor de obsequiarlos y van á quien mas puede exteriorizar la admiración sentida por esos valientes, que han escrito en Filipinas un admirable epílogo en la historia de nuestra ya pasada dominación.

Premio especial merecen esos soldados. Si la guerra ha sido desgraciada en su resultado final no es culpa de esos héroes; ellos cumplieron su deber, como tantos otros y se excusaron al traspasar los límites de la humana resistencia.

TIJERETAZOS

Dice un periódico, que un pescador de Santoña ha encontrado á tres millas de la costa, media embarcación en muy buen estado.

Suponemos que no será para prestar servicio.

Porque ¿quién diablos se aventura á viajar en medio buque aunque le rebaje el precio del pasaje á la mitad?

Según una estadística que publican los periódicos de Cuba, la importación de licores alcohólicos ha sufrido un aumento considerable.

Los Estados Unidos los envía baratos y abundantes.

Vamos, sí, no pudiendo los yanquis ligar á los cubanos con buenas razones, intentan dominarlos por la borrachera.

Siga la Unión escanciando y vaya Cuba bebiendo; mientras esta esté empinando el codo, aquélla irá haciendo su camino y dominando.

Y al final de la jornada, dirán los anglosajones,

viendo á Cuba dominada, —No venci con mis millones sino con la convidada. La cosa tiene sabor yanqui, y dará felices resultados, sí, señor. Caras pagareis muchas esas copas de licor.

Los sindicatos de los gremios de Barcelona han acordado darsé de baja en la contribución el día 31 del corriente.

A todo hay quien gane. El gremio de cocineros de la Coruña se ha dado ya de baja.

Si en idéntico sentido acuerdan los chirriceros, y cierran los carnívoros sus puertas ¡adida cocido! Ay señor de Villaverde; márchese usted por favor. Si no se marcha, señor, nos quedamos sin comer.

A DIOS

I Perdon si hasta el levanto, en alas de mi osadía, de mi pobre fanfarría el humildísimo canto. Perdon si en tu templo santo dulce inspiración imploro, si de mi canto ¡honor! la triste cadencia brota, reflejando en cada nota la pasión con que te adoro.

II Guardas la divina ciencia á humano esfuerzo invisible, haciendo del imposible su estremo tu Omnipotencia. En vano mi inteligencia en tu altar ofreceré, pues comprenderte no sé, y aunque tu lumbre me anegue tal vez á sentirte llegue mas cantarte no sabré.

III Cuando en la noche sombría, en horas de amargo duelo, mis ojos elevó al cielo, con la esperanza por guía, siento que en el alma mía surge una extraña ilusión que con voces de pasión tesoros de fé derrama,

y tu grandeza proclama, y enciende mi corazón.

IV

En el cielo hallo el reflejo de esa grandeza infinita por mano invisible escrita en aquel divino espejo. En ese instante me alejo de toda duda liviana, y allí la meste se afana, que por extraño espejismo, surge á mi vista el abismo de la pequeña humana.

V

Vives dentro de mi ser, dentro de mi pecho alientas, todos mis latidos cuentas, y en vano te quiero ver. Hellegarte á comprender locura tan singular, como pretender contar las flores de nuestro suelo, ó las estrellas del cielo, ó las arenas del mar.

VI

Das al iris sus colores, á la fronda sus cantares, que espumas á las mareas, su canto á las ruiseñores. Vida y perfume á las flores, transparencia al firmamento, siempre y alas al viento, en límpida la razón, sus fibras al corazón, y su luz al pensamiento.

VII

Me habla de tu magestad todo cuanto me rodea, mi propia vida, la idea buscando su libertad, la fulgente claridad que densas sombras deshace, la reflexión que nos hace humillar la duda incierta, la conciencia que despierta, y el sentimiento que nace.

VIII

Eres fuente de poesía, tesoro de inspiración, latido del corazón, aroma, luz y armonía; síelo que la fantasía á profundizar no alcanza, así que luce en lontananza ostentando sus fulgores y esparciendo resplandores en un mundo de esperanza.

IX

Oigo tu acento en la queja

que en el ancho espacio vaga, en el eco que se apaga, en el rumor que se aleja; en el suspiro que deja vibración que el aire hiere, en los ayes que prefieren pecho que el pesar deshace, en el llanto del que nace, y en el gemir del que muere,

X

¿Qué ómnibus limitar la impensada que se orienta en la luz de la tarde, y en los ruidos del mar? Torpe es la ciencia al pensar que escalará tu poder, pues su vuelo al estender, siendo su poder tan breve, mientras más alta se eleva de más alto ha de caer.

XI

No sólo en templo sagrado se levantan tus altares, que en cielos, tierras y mareas se acrecienta tu reinado, y si el hombre esclavizado al misero error desciende, sus sentimientos no entienden por que la pasión le ciega, que aunque su labio te niega, su corazón te comprende.

XII

¡Cuántas veces tus errores miramos como verdades, ó dejamos realidades por delirios soñadores! ¡Se dejaba en las flores buscando un vergel eterno! ¡Se hundió en nieblas del Averno quien llegar hasta ti quiso! ¡Adán soñó un paraíso y despertó en un infierno!

XIII

Perdona á este trovador que tu protección suplica y á tu grandeza dedica alma, existencia y amor. En los mares del dolor no le dejes enclumbar, pues le basta conseguir palabras para ensalzarte, corazón para adorarte y fé para combatir.

Marcos Díaz de Escobar.

LA PRINCESA DE LOS URSINOS 419

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 418

LA PRINCESA DE LOS URSINOS 415

resignarte á sufrirlo; pero estamos perdiendo el tiempo: vamos al caso, á lo que importa.

—Y bien, eso digo yo, vamos á lo que importa, contestó con una sonrisa de triunfo Santivañez.

—Decidme, don Juan: ¿tan mal os trata el rey nuestro señor que no podéis menos de hacerle traición?

—Se apagó la triunfadora sonrisa de Santivañez, que no esperaba aquella salida.

—No os comprendo, señora; dijo: no quiero comprenderos; no me atrevo á aplicar la contestación que me habeis dado por temor de equivocarme.

—Aplicadla, yo os lo permito.

—¿Habeis dicho que hago traición al rey nuestro señor, porque hasta cierto punto os ignora?

—No me ofendo, aunque os habeis equivocado cuanto puede equivocarse la presunción mas incurable.

—Señora, exclamó vivamente contrariado Santivañez.

—Sufrid vuestro justo castigo.

—¿Pero en qué he pecado, señora?

—Creéis, dije con dignidad, con una energía dignidad Ursula, que sufrís ya ni aun los vicios de un galante de un bantro á quien se le faltó tiempo pa-

—Espero vuestras órdenes: escucho.

—Pues empezad por proveeros de paciencia, porque voy á soltaros una reprimenda tal como la mereceis.

—Ya os he suplicado un perdón, que espero me concederéis.

—Sí; pero no sin penitencia. ¿So acostumbra en la corte á abordar á las damas así de la manera que á mí me habeis abordado?

—¡Oh, señora, por compasión! dijo Santivañez; os suplico que no prosigáis, porque, os lo confieso, me estremezco y estoy á punto de ponerme en fuga.

—¡Ah! ¿y qué se diría del invencible conquistador?

—Ved, señora, que el Evangelio nos manda ser dulces y misericordiosos.

—Pero las obras de misericordia, caballero, contienen una; estas os, corregir al que yerra.

—Pero una verdadera contrición, señora, produce el perdón de las culpas mas graves.

—Sí; pero no libra al pecador del purgatorio.

—Por piedad, señora, no me hagais creer que estoy hablando con un guardián de un pueblecito: eso sería muy violento; y sobre todo: ¿yo preguntaría mi vida por ver luego de un castigador?

—¡Ah! está visto, dijo sonriendo Ursula: hay que

cuarto de la señora doña María de Ayala, dama de honor de su majestad. Vamos, id. id.

Santivañez se inclinó respetuosamente, y fué á pegarla con doña Encarnación, que se sofocó al verle ir hacia ella.

Diez minutos después, Ursula salió.

IV

Pasada media hora, habiendo gastado algo de conversación con todas las señoras que estaban en la antecámara de la reina, Santivañez salió, se retiró en otra antecámara con los gentilhombres de servicio, y á las dos en punto abrió la mampara del cuarto de Ursula.

Una doncella esperaba en el ingreso.

—Caballero guarda, le dijo: ¿es vuesa merced el señor don Juan de Santivañez?

—El mismo, muchacha, contestó Santivañez, haciendo dar un salto atrás á la doncella para que no la tomase la cara.

—¡Vaya y cómo las gasta vuesa merced! exclamó con enojo.

—Pues señor, está de Dios que hoy no tropecemos mas que con misterios y virtudes, dijo Santiva-